

**CUENTO N° 214**

**TÍTULO: ALLÁ EN EL MAIZAL**

**SEUDÓNIMO: AMELIA**

**AUTORA: PABLINA CIPRIANA GALLEGUILLOS PIZARRO**

## Allá en El Maizal

1

Amelia.

Serian unas hermosas vacaciones, las que pasaríamos en las cálidas playas de La Herradura, el anhelo de partir, nos tenían con el alma en un hilo. Tenía catorce años recién cumplidos y era un chico feliz, la algarabía del momento y los preparativos para hacer un gran viaje, no dejaban presagiar nada malo.

El agotador el viaje en tren, que teníamos que hacer, de la estación de Baquedano a la estación de La Serena, eran varios días de viaje y de tedioso sonido de las ruedas del tren, chiqui-chiqui, chiqui-cha, pero lo soportaba estoicamente con tal de zambullirme en las olas del mar, ese caluroso vaivén me adormecía y dormía por muchas horas, solo despertaba para beber ese rico te en botella de "orange crush" que vendían en las estaciones, el que por su color café, no sabía, si él te estaba bien cargado o muy simple, pero el sabor para mí era el mismo, unas negras aceitunas que se confundían con los "pololos", lo digo porque un día mastique uno y se aferró a mi lengua, mientras yo daba alaridos como condenado del infierno y disfrutaba con mucho hambre, unos aromáticos huevos duros, que cuando le sacabas la cascara , los que estaban sentados cerca de uno, miraban con mirada inquisidora y juzgadora y a mi casi siempre me daba hipo donde me atoraba.

Al llegar a La Serena, era como llegar al paraíso, una suave neblina invadía la ciudad y un inusitado viaje de realeza, en coche tirado por caballos, nos llevaba cómodamente hasta la casa del tío, era realmente maravilloso, el sonar de los



cascos de los caballos, parecía un repiquetear de tambores, anunciando nuestra llegada.

Algo andaba mal, mi abuela que vivía en el valle de Elqui, se había enfermado y nuestras soñadas vacaciones se esfumaban, mientras le miraba la cara cenicienta y amurrada de mi tío, se vino abajo mi castillo de ilusiones, si me había ensayado tantas veces, como caminaría por esa arena dorada, como verdadero nortino y mi único sueño, era dejar impávidas, a las chicas serenenses.

Ahora, lo único que me faltaba, era ponerme un poncho de lana y una chupalla, me fui arrastrando los pies por la estación y subí muy cabizbajo al tren Elquino, nuevamente chiqui-chiqui, chiqui-cha. Fueron solo tres horas de viaje, pero las soporté con menos paciencia que el viaje del norte; que aburrimiento.

Llegamos a Vicuña, no había coches, solo una góndola, micro vieja y muy antigua, no recuerdo bien si éramos muchos o si era muy reducida, pero apenas cabíamos, nos acercó unas cuadras a nuestro destino.

A muy poca distancia de la casa de mis parientes, se divisaban unas casas de adobe, caminamos por una calle de tierra, hecha para carretas y autos.

Con las maletas casi a la rastra, vez que pasaba un auto, nos tocaba su ronca bocina y nos daban la bienvenida con un espeso manto de tierra, a esa altura, ¿qué más podía pasarme? Iba taciturno y ensimismado en mis pensamientos,

cuando mi madre grito ¡¡¡vienen vacas!!! Hay Dios mío, que susto, mi madre trepaba, con toda su maratónica fuerza, por un deslinde hecho de murallas de adobe, pero su trasero era demasiado grande y yo le ponía mis hombros de niño y no la levantaba ni un centímetro, lo único que conseguía, era llenar mi rostro con esa tierra con paja, que se desprendía de la muralla. Cerré los ojos para morir, mientras el tropel de vacas se acercaba más a mí. En la cintura, con mi camisa encarrujada y arrugada por el viaje, por debajo de mis suspensores, sentí un resuello caliente y el resuello corría por mis piernas, pensé estoy sangrando, moriré, pero se alejó el tropel de vacas y la sangre, solo era que había mojado mi maltrecho pantalón. Lo cubrí con el saco y entré muy tieso y avergonzado a la casa de la abuela.

Mi madre, mis parientes y la abuela, que más que enferma, parecía estar muy vieja, entraron un brasero ardiente con brasas muy rojas, le tiraron azúcar, cascara de naranja seca y yerba, para hacer un sahumero y en una calabaza pequeña, se pusieron a tomar mate y a ponerse al día, de cada día que no habían pasado juntas.

Para mí ya eso era demasiado y me puse a recorrer el terreno, pasé por el lado de un baño de pozo negro, que olía muy mal y que a su lado tenía un rosal, colmado de rosas perfumadas y hermosas, era un contraste muy raro, pero que más podría sorprenderme, caminé por dentro del mismo lugar en que antes tratamos de entrar por la muralla y era un potrero con choclos, era un hermoso maizal.

Caminé por las húmedas y disperejas melgas y con mis brazos haciendo a un lado las plantas de maíz, me superaban en estatura, creo que caminé como media hectárea, me disponía a dejar, que mi naturaleza regara esas plantas, cuando la vi, así como una aparición o tal vez como la mismísima virgen María, estaba ella, con unas negras trenzas, unos ojos asustados y traviosos, su boca como una fresa y sus carrillos partidos y enrojecidos, quedé paralizado, balbuceé, buenas tardes y ella me respondió, como cantando, solo se podía comparar con un trino de pájaro, buenas tardes su merced. Me acerqué a ella y era mucho más linda aún, le pregunté su nombre y me dijo Soledad, si era Sol, era y sería el sol que alumbraría para siempre mis recuerdos.

Cada día de las vacaciones, corría al maizal y la encontraba a ella, tenía quince años, uno más que yo, Pero era más frágil y más pequeña. Pillábamos grillos, para que ella le llevara a su zorzal y pasto para sus gallinas. Todos los días me ensayaba como decirle que la amaba y robarle un beso, pero no me atrevía. Hasta que llegó el día menos esperado, el de mi vuelta al norte, corrí desesperado, porque sabía que ella me esperaba allá en el maizal, pero no la encontré. Los gritos de mi madre, me alertaron que ya nos íbamos y a mí me entró una pena extraña y me corrían las lágrimas y el agua de la nariz, entre sollozos y tirones, mi madre, logró que llegáramos a buena hora a la estación, mi madre pensaba que

yo extrañaba mis parientes, pero lo que desgarraba mi alma, era lo que había dejado allá en el maizal.

Volví al pasar unos años de vacaciones al valle y de la calle de tierra solo encontré pavimento y en el lugar del maizal unas poblaciones, no había nada de lo que viví allá en el maizal. Unas lágrimas corrieron por mi mejilla y mi pensamiento no podía olvidarla, deje salir unos lagrimones. Me incorporé triste y me dirigí de regreso a mi auto, sería un largo viaje por una carretera, evocando entre risas y sollozos mis dolientes recuerdos, de los hermosos días vividos allá en el maizal.

////////////////////